

# Capítulo 24 - La Tierra de los Camminos Rotas

- [Capítulo 24 - La Tierra de los Camminos Rotas](#)

# Capítulo 24 - La Tierra de los Caminos Rotas

La mañana siguiente, Socks comentó: —Quiero ir de caza. No tardaré mucho. ¿Quieres acompañarme o prefieres pasar el tiempo con los humanos?—

“Puedo cazar contigo en cualquier momento. Me quedaré aquí.”

—Bien. Debes aprender todo lo que puedas. Solo quería que no te entristeciera que me fuera.— El cachorro le dio una lamida afectuosa a Dirt y salió corriendo sobre la nieve.

Dirt se dirigió hacia la fortaleza y pasó un rato simplemente observando, viendo qué hacía cada uno. Aunque había pasado unos días en Ogena después de la batalla, había sido un tiempo salvaje y agitado, generalmente acompañado por Màxim en pequeñas travesuras. Había visto muy poco de la vida cotidiana y ahora sentía curiosidad.

Primero, se acercó sigilosamente a la familia de Biandina para asegurarse de que no le hubieran hecho daño, y todos estaban bien. Los pequeños peleaban por su atención, y la madre no podía detenerlos. Luego, se movió tranquilamente por donde pudo, explorando para ver qué encontraba. Madres regañando a los pequeños, padres y mayores realizando diversas tareas. Trabajando con tiras de piel colocadas en marcos, revisando las reservas de carbón, llevando caballos a pasear por algún lugar, en fin, todo tipo de actividades.

Las gentes se detenían para conversar en cada encuentro. Algunos mencionaban al enorme lobo, preguntándose si todavía andaba por allí, y se sorprendían de que nada terrible hubiera ocurrido. Aparentemente, no todos los relatos sobre los lobos gigantes terminaban con finales felices, y si Dirt permanecía aquí el tiempo suficiente, quería escuchar todos esos relatos.

También circulaba la noticia sobre los acontecimientos en la Aedes de ayer. Los relatos eran contradictorios; algunos decían que el lobo había matado a un hombre en un ataque de furia, mientras que otros aseguraban que los guardias habían matado a alguien que había atacado al chico mascota del lobo. Solo algunos mencionaban la verdadera naturaleza del Iliaru semi muerto, y esas historias eran generalmente receladas y se recibían con escepticismo. Nadie aún había hablado del esqueleto en movimiento.

La atmósfera general era festiva, aunque de manera moderada. Este clan apenas se había reunido de esta forma por poco tiempo, desde que las malas condiciones climáticas comenzaron hace no mucho, y todavía mantenían un ánimo positivo respecto a ello.

La tierra no lograba mantenerse siempre oculta, lo que limitaba mucho su capacidad de observación. Sobresalía demasiado con su ropa inusualmente ajustada. Una mujer que llevaba una pesado odre de agua suspendido de una cuerda le hizo señas para que se acercara y le susurró: “Muchacho, ven aquí. ¿Eras hijo de Mettodiu?”

“No,” respondió Dirt.

“¿De quién eres hijo?”

“De nadie,” afirmó Dirt.

“¿Con quién estás quedándote, entonces?”

“Con el gran lobo,” dijo Dirt. “Soy el pequeño humano que él trajo consigo.”

Ella pareció claramente aliviada, luego soltó una pequeña risa amigable. “Deberías pedirle unos pantalones nuevos. Pensé que eras un huérfano que el clan estaba descuidando.”

“Oh. Bueno, gracias por comprobarlo. ¿Su gente siempre cuida de los huérfanos?”

“Por supuesto. Tenemos más trabajo que manos. No podemos permitirnos despilfarrar ni un solo par,” respondió ella. Luego asintió, reajustó la cuerda que sostenía el gran odre de agua y continuó su camino.

Dirt ya comenzaba a sentir un aprecio mayor por el clan. Por una parte, todavía no le habían disparado con ninguna flecha. Parecía que se cuidaban entre todos y que había buena convivencia. Si no fuera así, no se encerrarían juntos en este lugar cada invierno.

La tribu seguramente enfrentaba sus propios problemas. Los pájaros gigantes y los caninos enormes que los cazaban, y quién sabe qué más acechaba allá afuera. Y esa estatua en la Aedes. Eso también era un problema. Exiliar a Biandina por ello era otra dificultad. Y ni siquiera estaba seguro de por dónde comenzar con los ancianos que habían asesinado a un hombre apuñalándolo y enterrándolo vivo en la tesorería. ¿Debería la Tierra castigarlos? ¿Y si de alguna manera habían sido justificados?

Al reflexionar, le resultaba cada vez más incómodo. Aquí estaban enviando a Biandina a su destino por matar a un conejo, y ellos mismos habían matado a un humano en el mismo lugar y lo habían ocultado a todos. La parte de él que era Tierra veía esa acción con una inocente ignorancia, sin entender muy bien qué era apropiado para los humanos. Pero la parte que era Avitus se estremecía ante esa idea. Le parecía repulsiva, incluso. Deben existir leyes. Especialmente si lo habían sacrificado a Melodia, que amaba Avitus. Eso sería un sacrilegio.

Un rato después, decidió que era momento de ir en busca de los ancianos. Necesitaba preguntarles más sobre la estatua y tantear el terreno respecto a enseñar a alguien a leer mentes. Probablemente dirían que era una idea terrible, ya que esa persona aprendería su secreto, pero él quería saber qué opinaban al respecto. Solo tendría que ser discreto.

Al entrar, se sorprendió de que las tiendas en este lugar fueran más bonitas, bajo el antiguo techo donde sería oscuro de día y de noche. Entendía que quisieran tener algo sobre qué refugiarse, pero sería como vivir completamente bajo tierra. Tal vez les gustaba porque así evitaban la lluvia. Entonces, ¿cómo decidían quién podía vivir allí? Tendría que preguntar más tarde.

Por suerte, aún no habían reemplazado el pesado marco de madera que bloqueaba la entrada a la Aedes, así que Tierra ingresó sin obstáculos.

El cadáver y la ropa ensangrentada de Tierra habían desaparecido, y los ancianos estaban arrodillados junto a la mancha de sangre, susurrando entre ellos. Sostenían paños húmedos, y por la pesada vejiga de cuero que llevaban, parecía que estaban limpiando. Parecía que habían avanzado en la tarea.

En ese lugar, no había nadie más aparte de ellos. Tierra sospechaba que, normalmente, no permitían la entrada a otros, y ellos eran quienes decidían. Al verlo entrar, le lanzaron miradas desagradables.

No había razón para hacerles perder el tiempo si estaban ocupados. Mejor ir directo al asunto. Tierra le preguntó al anciano: "No quiero interrumpir, pero tengo una duda rápida para ti. Sé el nombre de Gnese, pero no el tuyo. Aunque esa no es la pregunta."

El rostro del anciano permaneció impassible, pero respondió: "Fidelu."

"Fidelu. Otro nombre antiguo. Interesante. Gracias. La pregunta es, tú sabes cómo Socks puede ver tus pensamientos, y por eso le hablabas al principio, ¿verdad? ¿Qué pasaría si un humano de tu tribu de repente aprendiera a hacer eso? Escuchar los pensamientos de las personas," explicó Tierra. Quedó de pie, algo torpe, sin estar seguro de qué postura adoptar. Esperaba que fuera amistosa y respetuosa al mismo tiempo.

La respuesta no llegó de inmediato. Tierra observó cómo reflexionaban, mirándolo fijamente. Se miraron entre sí, y luego volvieron la vista a Tierra.

"¿Qué estás diciendo?" preguntó Gnese con cautela.

Los ojos de Tierra se dirigieron hacia la tesorería descubierta. El polvo del cadáver en frente ya había sido barrido y eliminado, y la tapa regresada para ocultar la abertura. La propia Melodia permanecía allí, padeciendo como en antes.

Su falta de una respuesta rápida los hizo crecer más hostiles y tensos en la postura de sus hombros. Sus rostros se endurecieron, pero la sensación que Dirt percibía era más de temor que de ira. Se preguntaba si sería capaz de leer sus mentes; no sería demasiado difícil. Sin embargo, eso podría revelar algo que aún no estaba preparado para mostrar.

"¿Qué estoy diciendo? Solo estaba pensando en ello," afirmó Dirt tratando de sonar despreocupado. "Me da curiosidad qué pasaría si una persona normal, un extraño, de repente comenzara a conocer los pensamientos de todos. Te pregunto a ti porque son los mayores y deben saber más. Entonces, ¿cómo serían tratados? ¿Qué les pasaría?"

“Jamás confiarían en esa persona,” respondió Fidelu rápidamente.

“¿Por qué no? Puede ser muy útil, por ejemplo, si quieres saber por qué un bebé llora. ¿No sería la gente feliz así?” preguntó Dirt.

“Eso sería útil, pero hay más en ello que eso,” dijo Gnese.

“¿Como qué?” inquirió Dirt. Había esperado esto, honestamente, pero aún le resultaba decepcionante. Los humanos son naturalmente desconfiados y huidizos, aunque esperaba una reacción diferente.

Fidelu controló su nerviosismo, suavizando su rostro y postura en una expresión más paternal y calmada. Se acomodó para relajarse y mostró una sonrisa cálida. “Mi niño, ¿alguna vez has cometido un error?” preguntó.

“Seguramente, sí. ¿Como cuál?”

“No importa cuál, pero a medida que crezcas, te verás cometiendo más y más errores. Algunos serán grandes equivocaciones, otros menores. Déjame explicarlo así. Ese lobo es tu único amigo, ¿verdad?” preguntó Fidelu.

Gnese había percibido el cambio en el tono y en su expresión, y también dejó de lado cualquier dureza en su actitud. Dirt hizo lo posible por no mostrar que notaba que estaban actuando con fingimiento, ya que estaba interesado en su explicación.

“No, no es mi único amigo en absoluto. Tengo varios amigos que son árboles, y algunos humanos. Mi mejor amigo humano es M`axim, el hijo del duque en Ogena,” dijo Dirt.

“Bien. Muy bien. Ahora, imagina que un día te enojas con M`axim y le dices algo cruel. Algo verdaderamente inaceptable, y luego, porque eres humano y todos cometemos errores, no te disculpas. La situación empeora, y ya no son amigos. Estoy seguro de que eso no sucederá, pero solo imagina conmigo, ¿vale?” dijo Fidelu. Su rostro arrugado y anciano transmitía calidez y una actitud paternal.

“Está bien,” dijo Dirt.

“Has hecho algo que él no perdonará, y ahora ya no son amigos. Lamentas lo que hiciste, sabes que fue tu culpa, pero ya es demasiado tarde,” dijo Fidelu.

Aunque la situación era imaginaria y sumamente improbable, Dirt se sintió molesto. Por un momento, imaginó a un M`axim enojado diciéndole que nunca más quisiera volver a hablarle, y esa idea no le agradó. Dirt tuvo que admitir que eran buenos enseñando.

“Ahora retrocedamos un paso. Supón que, en lugar de decir esas palabras crueles, solo pensaste en decirlas. Pero te diste cuenta de que sería horrible decirlas, y lo que M`axim pensaría, así que no lo hiciste. De hecho, ni siquiera realmente quisiste decir esas cosas, y te alegra no haberlas dicho,” explicó Fidelu. “En lugar de una catástrofe y perder a un amigo, nada sucedió.”

“Entiendo,” dijo Dirt. “Entonces, si Màxim pudiera leer mi mente, sabría en qué estaba pensando y se ofendería igual, aunque yo no quisiera que eso pasara.”

Exactamente. Hay muchas cosas que un hombre desea mantener en secreto, niña. Algunas son errores que quiere dejar atrás. Otras son cosas que nunca puede decir, pero que aún piensa en ellas. Algunas son deseos que debe controlar, aunque le cueste esfuerzo. Todos los que han vivido lo suficiente tienen cosas que no quieren que otros sepan. Hasta tú, apuesto. ¿Puedes pensar en algo así? preguntó Fidelu, haciendo un gesto con la mano para que Dirt respondiera.

Lo primero que vino a la mente de Dirt fue que él, Aventus, había destrozado el mundo, arruinado a los dioses y lanzado a la humanidad en una espiral de extinción. No hacía falta que todos lo supieran. “Supongo,” respondió.

Gnese adoptó una expresión de amabilidad de abuela, aunque la dureza en su rostro la hacía menos convincente que la de su compañero. Dijo, “Ahora, imagina que hay una sola persona en la tribu que todos saben que puede ver todos sus pensamientos. Todas esas cosas que necesitan mantener en secreto. Cosas que no son realmente ellas mismas, o que están intentando superar. Esa persona conoce todos sus secretos. ¿Cómo crees que serán tratados? Siempre serán marginados, ¿verdad?”

“Además, no querrían estar cerca de nadie más. Sabrían que los temen, y escucharían esos pensamientos que nunca fueron destinados a ser pronunciados en voz alta, y no podrían dejar de conocerlos,” comentó Fidelu.

Dirt asintió, reflexionando sobre ello. Tuvieron un buen argumento. Estaban completamente equivocados acerca de cómo sería conocer los pensamientos de todos, pero era su perspectiva la que buscaba. Sospechaba que tenían razón, por eso quería asegurarse antes de que Socks abriera la mente de alguien.

Estaría creando un marginado. Incluso si esa persona fuera útil, como ayudar a los bebés. Y había otras cosas también, como decirle a las ratas del granero que saliesen para poder capturarlas. O ayudar a un caballo a calmarse. O saber que había una persona medio muerta entre la tribu.

Si era honesto consigo mismo, Dirt había sabido antes de preguntar cuál sería la respuesta. Dirían que no se debe hacer, o pedirían que se hiciera a ellos mismos en secreto. Desde el primer momento que conoció a Marina y su grupo, intuyó que no era algo que otros debían saber.

Los ancianos esperaron pacientemente mientras pensaba, y finalmente dijo, “Supongo que tiene sentido. Y probablemente también estarían en peligro.”

“Sí, podrían estarlo. ¿De qué?” preguntó Gnese.

“Digamos que alguien hizo algo horrible, como un asesinato, y no quería que nadie se enterara. Pero sabía que esa persona lo sabía. Podría querer matarla también, antes de que se revelara el secreto,” explicó Dirt, frunciendo el ceño para parecer un niño pensativo.

Ambos vacilaron por un instante, buscando en su rostro alguna señal de engaño, pero rápidamente recuperaron la compostura. Sin embargo, Gnese le dirigió una mirada intensa, y Dirt supo en qué estaba pensando sin siquiera leer su mente. Ella casi con certeza estaba pensando en decir algo alto para ver su reacción. Quizá, “Niño, ¿puedes ver mis pensamientos?” Algo así.

Dirt no reaccionó, por supuesto. Eran aficionados. ¿Su mejor amigo era Socks, y querían ganar un juego de pensamientos?

Le hizo sentir un poco culpable manipularlos así. Prefería la honestidad y la franqueza, y, como solía recordarse, la disciplina y la sinceridad eran su verdadera fuerza.

Pero dudaba que esa fuera información que quisieran ceder fácilmente. Un asesinato, si eso era, era algo que no se debe tolerar. Conocía la palabra “justicia,” aunque no pudiera explicar exactamente cómo debería aplicarse. También conocía la palabra “ejecución,” que era lo que sucedía a los criminales como los asesinos. Quizá podía hacer que soltaran alguna pista, y en vez de condenarlos, sería una prueba exculpatoria.

“No estoy leyendo sus mentes, así que pueden dejar de mirarme con esa expresión extraña. Les propongo algo. Hagamos un trato. Yo responderé a una de sus preguntas, aunque la respuesta sea un secreto, y ustedes harán lo mismo por mí. ¿Qué les parece?” dijo Dirt.

“Prefiero no aceptar,” respondió Gnese sin dudar.

“Yo también declino,” añadió Fidelu.

Dirt frunció el ceño. Debería haberlo visto venir. Pensó que quizás ellos también quisieran respuestas, pero lo único que buscaban de él era que se marchara.

Luego escudriñó sus mentes, tomando solo un instante para encontrarlas. Eran fáciles de localizar, puesto que eran las más cercanas, y ambas lo miraban fijamente. Llevaban miedo, un temor ligado a la expresión en su rostro, a su voz. Temían lo que él pudiera decir.

Dirt se aseguró de mantener la mirada para obtener su respuesta, queriendo o no. “Está bien. Bueno, supongamos que, sin motivo alguno, te pregunto al azar si tienes una buena razón para haber matado a aquel tipo y meterlo allí,” dijo.

No era fácil vigilar las mentes de ambos simultáneamente — esa era una cosa que no dominaba muy bien. En la mente de Gnese apareció la imagen de tentáculos que se extendían por el agujero en el techo, de susurros oscuros y temores aún más siniestros. En la de Fidelu, recuerdos de envidia y deseo. Quería aparearse con Gnese, y eso de alguna forma estaba relacionado. En ambos casos, intentaron rápidamente pensar en otra cosa.

“¡No piensen en eso, pase lo que pase! ¡No piensen en por qué mataron a ese hombre! ¡Deténganse! ¡Piensen en otra cosa, menos en por qué lo asesinaron!” exclamó Dirt, haciéndoles imposible desligar su atención. “¡Aaahhh, no eso! ¡No por qué lo mataron y lo metieron allí!”

Fidelu y Gnese compartían la idea de que necesitaban apaciguar a la Dama Asesina. Para Fidelu, era una excusa, una oportunidad; y para Gnese, una obligación solemne. Ahora estaba embarazada y la tribu estaría segura. ¿Cómo podía pedirle a otra mujer que sufriera en su lugar? ¿Cómo podía hacer que otra mujer quedara viuda o privada de su hijo?

En los pocos segundos antes de que logran pensar en otras cosas, aunque imperfectamente, Dirt armó la historia, al menos en forma sencilla. Fidelu había deseado a Gnese para que fuera su compañera, y Gnese lo sabía, pero ya estaba emparejada con Ghjacumu. Lo asesinaron por la Dama Asesina, con la esperanza de calmar su maldición, y funcionó. Las pesadillas y sueños despiertos de Gnese cesaron, y ambos se unieron en matrimonio, criando al bebé de Ghjacumu.

“¿Y cómo lograste salirte con la tuya? ¿Por qué nadie...? Ah, ¿los ancianos anteriores te cubrieron?” preguntó Dirt, encontrando la respuesta en sus pensamientos. “¿Entonces estaban involucrados? Supongo que te lo habrán contado, pero casi nadie más, o la gente habría revisado las arcas en cuanto desapareció Ghjacumu.”

“No pronuncies ese nombre aquí,” siseó Gnese.

“¿Qué quieres?” preguntó Fidelu, con frialdad y dureza. Tan dura como la madre de Biandina. Por cómo sentía su mente, esto le resultaba más natural que cualquier otra cosa que hubiera hecho.

“Lo que quiero cambia todo el tiempo. Primero, quería conocer más a los humanos. Luego, deseaba que Biandina viviera segura con su familia, pero solo sus hermanos quieren eso ahora, ni siquiera ella. Ahora lo que deseo, es... supongo que no lo sé. ¿Qué quiero?” dijo Dirt. “No, sí lo sé. Quiero que ustedes sean libres de esto.”

El la atravesó sin resistencia, empujando a la fuerza a los dos presentes, sin siquiera hacer ademán de detenerse. Cruzó por encima del cuerpo sin prestarle atención, permaneciendo de pie frente a Melodia, la Diosa de la Canción. La Dama Asesina. ¿Cuál sería ahora la correcta?

Francamente, toda aquella situación le provocaba una profunda repulsión. Tenía la impresión de que el Ojo usaba a la diosa para manipular a los humanos y así debilitarlos generación tras generación. Miedo, desconfianza, engaños, muerte. ¿Era simplemente una jugarreta, o acaso no había generado aún suficientes monstruos atroces en esta región para aniquilarlos definitivamente? Habían tenido tres mil años para perfeccionarlo, así que o prefería métodos lentos, o en general era incapaz de hacer otra cosa. Sin embargo, manipularlos con algo tan brillante y hermoso como el recuerdo de una diosa...

—¿Sigues allí, Melodia? —preguntó en su idioma. No esperaba una respuesta, y ella no dio ninguna. Sus ojos permanecían fijos en el vacío, herida y agonizando.

Detrás de él, Fidelu había levantado del suelo y buscaba algo con qué destrozar el cráneo de Dirt. No había mucho, pero tal vez podría levantar una piedra de pavimento. Incluso intentaba esconder sus pensamientos mientras lo debatía, pobre tonto. Sin girarse, Dirt afirmó: —Socks está cerca, Fidelu, y aunque logaras herirme, cosa que no sucederá, solo me durarías un latido más.

El mensaje fue captado y comprendido, y los ancianos luchaban por idear otra acción posible. Querían que Dirt se marchara con tanta intensidad que casi les causaba un dolor de cabeza. Todo estaba a punto de desmoronarse. Todo.

Dejó de observar sus mentes para concentrarse y se llenó de maná. Miró hacia la estatua, de mármol antiguo, aún suave y brillante, aunque se hubieran esfumado todos los rastros de pintura. Ella había sido magnífica en algún tiempo.

Pues si el Ojo reconstruía la estatua cada vez que era destruida, entonces destruirla no era la solución. Sabía qué debía hacer.

Todavía no había probado esto en piedra, pero conocía el sigilo para ello. No había razón para que no funcionara. Lo usaba para moldear madera todo el tiempo. No funcionaba muy bien con agua, pero eso era el agua.

Dirt tomó la magia de modelar madera que le enseñaron las dríadas y reemplazó el sigilo de 'madera' por el de 'piedra'. Después de considerar algunos cambios más, como sustituir 'crecer' por 'reformular', expresó la magia y la hizo realidad.

Comenzó con su brazo roto, el que estaba torcido en el codo y colgaba flácido, y, por gracia, funcionó. La piedra perdió su solidez y Dirt la remodeló suavemente. Reconstruyó el antebrazo para que quedara en su posición correcta, procurando que luciera natural, logrando un resultado aceptable. Tocó su propio codo para recordar la forma de los huesos allí, y parecía encajar.

Luego hizo que sus entrañas de mármol volviesen a comprimirse en su estómago. La piedra se deslizó hacia arriba, perdiendo forma y convirtiéndose en una masa sólida, pero exactamente la cantidad necesaria para llenar la cavidad. Hizo que el brazo que sostenía sus intestinos se estirara un poco, y luego alisó su abdomen, remodelándolo en un vestido. Afortunadamente, no toda la tela de piedra quedó dañada, lo que le permitió tener muchos puntos de referencia para copiar, reparando todos los desgarros y roturas.

Enderezó su pie en forma de garra, haciéndolo reflejo del otro, y ajustó su postura para equilibrar su estructura.

Finalmente, tuvo la confianza para arreglar su rostro y eliminar esa horrible expresión de dolor. A pesar de toda su práctica fabricando juguetes de madera, los detalles más delicados estaban fuera de su alcance, así que dejó su semblante impasible. Aún parecía humana, pero era una expresión vacía. Era suficiente. Giro sus palmas hacia adelante en un gesto de bienvenida, limpió algunos detalles más, como las gotas de sangre de mármol en el pedestal, y entonces terminó.

La esencia le abandonó y dio un paso atrás. Su mirada detectó una docena de errores, pero todos eran menores. Si quería dominar esa técnica, necesitaba dedicar mucho más tiempo a recorrer Turicum, observando las estatuas que las dríadas habían recuperado, y practicar aún más. Pero, a pesar de las fallas, no cabía duda de que esto no era otra cosa que Melodia. Ya no era una estatua de una mujer atormentada y sufriente. Era una mujer imponente, vestida con un largo vestido, mirando hacia el horizonte que solo ella podía ver.

Dirt decidió que había un último detalle que no estaba dispuesto a dejar pasar por alto, así que recreó la magia y ladeó su cabeza ligeramente, dirigiendo su mirada hacia las personas en la sala. Solo entonces se dio vuelta para ver qué pensaban los ancianos.

Observaban en silencio, con los ojos abiertos de par en par, completamente desconcertados, sin saber qué pensar. Lo que acababan de presenciar era demasiado imposible de asimilar.

Antes de que alguien pudiera hablar, una sombra cubrió el agujero en el techo y sumió al Aedes en la oscuridad. Gnese y Fidelu gritaron alarmados, pero Dirt chasqueó los dedos y convocó una luz.

Toda la abertura quedó cubierta de carne blanca, la carne del Ojo y de las criaturas que emergían de él. Un tentáculo sinuoso colgaba y se azotaba como si buscara algo a lo que agarrarse.

Dirt oyó movimiento detrás de él y giró para ver cómo deshacían su obra. La estatua de la diosa se movía como una persona real, su vestido se rasgaba para mostrar profundas heridas en sus muslos y pecho. Ella levantó un brazo como si pidiera clemencia y se rompió en el codo, el que Dirt había reparado. Su mirada se dirigió hacia él, el terror y el dolor se reflejaron en sus rasgos de mármol, y luego se quedó congelada, cayendo del pedestal. Este se rompió al tocar el suelo, y todos los fragmentos volvieron a unirse.

-¡VEN, DIRT!, - gritó Socks. -¡VIENE AHORA!-.